



PROGRAMA LIBROS Y CASAS

Todo queda en familia

Textos de humor



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina

“Creo que en nuestra sociedad hay demasiado de psicoanálisis y psicología. Pero a mí no me agarran más”.

Marcelo Mazzarello

Marcelo Mazzarello

Buenos Aires, 1965

Actor de cine, teatro y televisión. En cine protagonizó *La suerte está echada* de Sebastián Borensztein y *Felicidades* de Lucho Benders, entre otros títulos. En televisión interpretó personajes memorables que van desde Coco en *Naranja y media* (Martín Fierro Revelación) a Discopolín en *Historia clínica*. Actualmente participa en *Viudas e hijos de R&R*. En 2014 estrenó el show de su autoría *Mazzarello no chilla. Desopilante!*

¡Gracias viejos!

POR MANDARME A LOS SIETE AÑOS AL PSICOANALISTA me evitaron la ingrata situación de tener que ofrecerle dinero a alguien para que me escuche. El hecho de haber ido en contra de mi voluntad me daba la impunidad necesaria para derrochar largas sesiones sin dirigirle una palabra a ese sujeto que eligieron para que sea mi amigo sin consultarme. Ese sujeto pretendía que le contara mis secretos, que si bien a esa altura no eran muchos, habían llamado la atención del entorno familiar: ¿por qué hacía la vertical desde las 5 a las 7:30 a.m.?, ¿por qué estaba convencido de que debajo de la cama había gente esperando que bajara yo un pie para tomarlo y arrastrarme hasta la entrañas de la tierra?, ¿de dónde venía esa afición por darle sepultura a las palomas (siempre y cuando estuvieran muertas)?

En definitiva, cosas de chicos.

Pero el psicodiagnóstico fue lapidario. “El chico es un emergente”. ¿De qué?

Una señora con el pelo batido y un enorme lunar que asomaba por encima de su boca me miró largamente a través de una lupa. Yo también la miraba a través de la lupa y empecé a ver su lunar como un cascarudo. La imagen conmocionó mi imaginación. Era la perfecta imagen de una bruja. Ella fue la que me condenó a cinco años de conversaciones con un desconocido. El otrora llamado verdugo, hoy psicoanalista.

Con los objetivos de:

Curar el asma de claro origen psicossomático, reencauzar los desórdenes conductuales provenientes de practicar la vertical a deshoras y reinsertar al reo en una sociedad moderna y psicoanalítica que desea erradicar de cuajo las oscuras prácticas de la sepultura colombófila tan cercana al oscurantismo umbanda.

Queda usted notificado.

De entrada y al ver que la conversación no era mi fuerte, el psicoanalista hizo su primera jugada. Intentó sobornarme comprando una canasta con autos, pinturitas y juegos varios. De inmediato supe algo de mí que hasta ese momento ignoraba. Yo era fácil de sobornar. La terapia empezaba a surtir efecto. Entre juego y juego, él hablaba y yo concedía algunas respuestas.

Él siempre usaba una estrategia; cuando me veía concentrado en un juego como el de desarmar un autito, el cretino se ponía a interpretarlo: que de quién era ese autito, que a quién le sacaba las rueditas, a lo que yo contesté: “Me gustaría saber cuál es su autito para cortarle los frenitos”.

Parece que este tipo de respuesta solo logró complicar las cosas. Al poco tiempo, la familia completa se vio involucrada en la “terapia”.

Por lo general, esta terapia familiar se desarrollaba con el emergente en el medio, aferrado a su canastita y respirando con dificultad.

Mi querido viejo, un tano labrador, tuvo que soportar del terapeuta frases como: “Usted es el tuco y ellos son los fideos”.

¿Qué tiene de malo ser tuco? ¿Qué tiene de malo ser fideo? Existen tres instituciones sagradas para los que somos de ascendencia italiana. Los fideos, el tuco y la familia. Este tipo ya había blasfemado contra las tres. Todo porque mis viejos tuvieron la osadía de cargarse una familia al hombro en tiempos en los que el único patriarcado bien visto era el de Freud.

Los años fueron pasando, pero el rencor se quedó para hacerme compañía. Acumulé bronca hasta los doce años y cuando creí que mi fuerza física se había

desarrollado lo suficiente como para enfrentarlo, atacé al terapeuta poniéndole la canasta de sombrero. Lejos de amilanarse, contraatacó tirándome como proyectiles mis autitos rellenos de plastilina. Fue peor. Nos trabajamos en lucha cuerpo a cuerpo. Mis viejos y mis hermanos miraban azorados, sin saber muy bien qué hacer, mientras el psicoanalista entre golpes y objetos que volaban por el lugar decía: “¿Ustedes ven lo bien que está? ¿Cómo expresa sus sentimientos? Justo yo le estaba gritando: “Te voy a mataaaaar” como un energúmeno.

Pues bien, inexplicablemente para todos, ese día me dieron el alta.

Pasaron muchos pero muchos años para que por circunstancias inexplicables quedara yo inmerso en una terapia llamada Laboratorio Gestalt. Un grupo de gente que yo conocía quería hacerlo, pero yo ya había tenido suficiente. Insistieron y para que no me dijeran retrógrado, lo hice. ¿Para qué? Pasé un fin de semana viendo gente zamarreando un almohadón al que llamaban papá o mamá y le reclamaban por no haberle comprado esos botines o muñecas que tanto querían. Salí eyectado.

Ese fue mi último contacto con Freud.

Pero hace un año, caminando por Palermo, me crucé con aquel psicoanalista. Gozaba de buena salud.

Él, porque yo estaba con asma, mirando una palomita muerta y con unas ganas enormes de organizarle un funeral.

Nos miramos con desconfianza sin saber si trenzarnos en lucha o preguntarnos por la familia.

Cruzamos algunas palabras que no logro recordar y siguió su camino.

Yo me quedé pensando que si no hubiera reaccionado a tiempo aquella vez, este sujeto con sus cuestionamientos freudianos habría hecho peligrar uno de los momentos en los que más cerca estoy de la salud mental: cuando como fideos con tuco en la casa de mis viejos.



Este cuento se publicó en la revista *La Mujer de mi Vida* número 35.

Si te gustó...

La suerte está echada, dirigida por Sebastián Borensztein;

Felicidades, dirigida por Lucho Benders; *Por culpa del Doctor*

Moreau, de Fernando Sorrentino; *Sesiones extraordinarias desde el diván*, de Jorge Guinzburg.



Coordinación editorial

Daniela Allerbon

Edición

Florencia Argento

Corrección

Gabriela Laster

Diseño de la colección

Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación

Javier Bernardo

Digitalización

Centro de Microfilmación y Digitalización de la Biblioteca Nacional

(Juan Abate, María Argüello, Agustina Beyda, Ignacio Gaztañaga y Karina Petroni)

Gestión de derechos de autor

Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro

Agradecimientos

Marcelo Mazzarello, Daniel Divinsky

Asesoramiento en selección de imagen de tapa

Dirección de Artes Visuales del Ministerio de Cultura de la Nación

Imagen de tapa

Luis Abadi
